

Habida las noticias de las últimas semanas y los meses, el Evangelio para hoy parece oportuno—accidentes de aviones, huracanes, terremotos, inundaciones, asesinatos en masa. La primera parte del Evangelio nos habla de la matanza de los galileos mientras ofrecerían los sacrificios de animales a Dios y del colapso de la torre de Siloé, que mató a dieciocho personas. Cuando preguntamos, «¿Por qué tales cosas horribles pasan?» algunas personas nos darán una respuesta. Aquellos que odian a los judíos y a los musulmanes nos pueden decir que Dios provocó su matanza. Los que hablan del calentamiento global pueden decirnos que el cambio trae clima extremo. Algunos cristianos evangélicos nos pueden decir que la causa es el castigo de Dios debido a la pérdida de fe y de los valores en la cultura occidental.

Pero, en verdad, ¿entiende alguien lo que causa tragedias y desastres? Sí y no—algunos desastres ambientales, tal vez sí, pero generalmente hablando, no. Nosotros no totalmente sabemos por qué ocurren las tragedias y desastres y nosotros no podemos conocer la mente de Dios. Cuando somos tocados por una tragedia o un desastre, a menudo estamos sin palabras. Las respuestas estándares no son buenas en tal tiempo. Es durante tales tiempos que enfrentamos al Gran Desconocido, a que nos referimos simplemente como el Misterio.

Que no podemos entender a Dios, los acontecimientos en el mundo, y la relación de Dios con tales eventos no es la declaración de un llamado «intelectual moderno» o un católico de «extrema izquierda». Encontramos tales palabras en los escritos de San Tomás de Aquino, un sacerdote dominico, llamado el Doctor Angélico, de la Iglesia Católica, y voy a citar sólo dos de sus múltiples declaraciones:

[Él escribió lo siguiente:] «Dios es honrado por silencio, no porque no podamos decir o saber nada acerca de él, sino porque sabemos que no somos capaces de comprenderlo».

«Sólo conocemos a Dios verdaderamente cuando creemos que él está por encima de todo lo que los seres humanos pueden pensar en Dios».

Para reformular estas declaraciones, podríamos reformularlas como preguntas: «¿Cómo puede un ser humano comprender a Dios?» o “Cómo podemos, con nuestro conocimiento limitado y nuestra capacidad intelectual limitada, entender al Dios quien nos hizo a nosotros y quien hizo a todas las cosas, visibles e invisibles?»

Para decir que nosotros no podemos entender a Dios completamente, sin embargo, no es decir que no podemos entender en absoluto. De las historias del Antiguo Testamento entendemos que nuestro Dios es un Dios que nos ama y se preocupa por nosotros, porque escucha los gritos de su pueblo y prepara a Moisés para conducirlos fuera de la esclavitud. San Pablo nos dice que tales eventos del Antiguo Testamento son ejemplos para la gente de su época y, así, también para nosotros. A través de tales historias podemos entender que, aunque no podemos entender el «panorama completo» y todo el misterio, podemos entender que a Dios le importa cada aspecto de nuestro ser, incluyendo la manera en la cual nos compartamos en nuestras vidas.

Es Jesús quien nos dio un conocimiento de Dios más completo, un entendimiento de el Misterio más completo, del cual jamás hubiéramos sabido sin él. De hecho, cuando Felipe le dice a Jesús, según el Evangelio de san Juan,

«Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta.» Jesús le respondió: «Hace tanto tiempo que estoy con ustedes, ¿y todavía no me conoces, Felipe? El que me ve a mí ve al Padre» (San Juan 14:8-9^a)

Es por medio de Jesús y del Espíritu Santo que trabajan dentro de la Iglesia que algo del Misterio de Dios nos ha sido hecho conocido a nosotros, y hasta el grado de que conocemos y entendemos a Jesús, conocemos y entendemos a Dios. La manera primaria en que conocemos y entendemos a Jesús, por supuesto, es a través de tanto las enseñanzas como las acciones de Jesús como registrado en los cuatro Evangelios. En el cuarto siglo san Jerónimo, otro Doctor de la Iglesia, declaró, «La ignorancia de la Escritura es la ignorancia de Cristo», una declaración citada y reafirmada en julio de 2018 por el papa Francisco.

Jesús, en la segunda parte del Evangelio de hoy, usa la historia de la higuera de la misma manera que san Pablo usa la nube, el Mar Rojo, y el agua de la roca. Una higuera en la tradición judía representaba al pueblo de Dios y su fruto representó a su fidelidad. De esa parábola, entonces, entendemos que nuestro Dios es un Dios que es paciente y espera nuestro arrepentimiento.

Aunque no podemos entender por qué ocurren las tragedias y los desastres, podemos entender que tenemos un Dios paciente y amoroso que se preocupa acerca de nosotros y acerca de la manera en la cual vivimos. Más bien que profesa entender la causa de los desastres y las tragedias, que busquemos conocer y entender a Dios que se reveló a sí mismo a Moisés y que se revela sí mismo a nosotros en la persona de Jesucristo.